

**CAPITULO III.**

; Ojalá , como tenemos  
Buena boca y apetito,  
De paz plena en el distrito  
Con abundancia goecemos.

*Comedia antigua.*

No era por la época de que hablamos , un beneficio simple esto de dirigir un convite, ni aun en las ocasiones ordinarias y teniendo todo lo necesario para verificarlo ; ciertamente no sucedia como en nuestros dias , que el ama de casa no hace mas que indicar á sus criados el

dia y la hora; era preciso que ella misma se encargase de las provisiones precisas entrando en pormenores y detalles de los comestibles; desde lo alto de un corredor que comunicaba con el cuarto de lady Peveril, y que daba vista á la cocina, sobresalía su voz, al ruido de las cacerolas, asadores, cuchillas, los gritos de los cocineros, y sobre todo el estrépito que forma el acompañamiento de un gran festin, como la voz del espíritu que dirige á los marineros en una tempestad.

Pero todos estos cuidados y apuros triplicaron al acercarse el día de la fiesta de Martindale, donde el genio que presidía estaba escaso de medios para ejecutar su proyecto hospitalario. Lo tiránico de la conducta marital es casi comun, y no sé si podré citar un marido entre mis conocidos que no haya dicho de repente á su querida mitad haber convidado en el momento mas crítico

A algun odioso mayor  
Para comer á las seis.

con riesgo evidente de aturdir á la señora y

desacreditar sus excelentes calidades de muger de gobierno.

Peveril del Pico era todavía mas inconsiderado, porque habia dicho á su esposa convidase á todo el vecindario para que viniese al castillo de Martindale á comer bien, y celebrar la feliz restauracion de su sacralísima magestad, sin instruirla en el modo de procurarse la vitualla indispensable. Los gamos eran raros en el parque desde el sitio que sufrió el castillo, el palomar no presentaba gran recurso para un festin como este, el estanque estaba sin duda muy poblado de peces, lo que miraban los presbiterianos de la vecindad como circunstancia sospechosa, y la caza no costaba mas que el trabajo de perseguirla y matarla en los montes, y entre los inmensos zarzales del condado de Derby; pero estos dos artículos eran muy accesorios con respecto al banquete; el mayordomo y el administrador, únicos coadjutores y consejeros de lady Peveril, no estaban conformes en los medios de proveer lo principal, como vaca y carnero; el mayordomo amenazaba sacrificar una yunta de novillos, protegida por

el administrador que representaba ser necesarios para la cultura del campo; y á pesar del genio condescendiente y apacible de lady Peveril, no dejaba de hacer por lo bajo ciertas reflexiones sobre la falta de prevision de su marido ausente que la ponía sin miramiento en una posicion tan difícil.

Estaban bien hechas tales reflexiones cayendo en un hombre responsable de sus acciones, porque es dueño de sí mismo. La lealtad de sir Geoffrey, como la de otros muchos que se hallaban en su caso, había tomado el carácter de un entusiasmo vehemente y apasionado á fuerza de temores, victorias, derrotas, luchas y padecimientos que partían de un mismo principio y giraban, en cierto modo, sobre un mismo eje; y así este cambio de su fortuna tan singular como sorprendente que había excedido sus mas grandes deseos, le ocasionó por algun tiempo una especie de éxtasis, que á la verdad parecia difundirse por todo el reino. Sir Geoffrey había visto á Carlos y á sus hermanos; este festivo monarca le había recibido con la urbanidad franca y afec-

tuosa, que le ganaba los corazones de cuantos se le acercaban; habianse reconocido plenamente sus servicios; se le dió á entender que no quedarian sin premio, ya que no se le había prometido expresamente uno. ¿Cómo era posible se acordase Peveril del Pico en medio de todo esto del buey ni del carnero que necesitaba su muger para festejar á sus vecinos?

Por fortuna de la señora tan apurada, había uno que tenia bastante serenidad para prevenir estas dificultades. En el instante mismo que se decidía ella, bien que contra su voluntad, á pedir prestado al mayor Bridgenorth la suma necesaria para cumplir las órdenes de su marido, y cuando se lastimaba con bastante sentimiento de la necesidad en que se hallaba de separarse en esta ocasion, de sus principios habituales de economia, su mayordomo, quien, para decirlo como de paso, no había dejado de ponerse entre dos vinos desde que supo había desembarcado el rey en Duvres, entró con precipitacion en el cuarto de su ama, chascando los dedos, y con un trasporte de ale-

gría nada conforme á la dignidad de la sala de su señora.

—¿Qué significa eso, Whitaker? dijo lady Peveril algo incomodada, porque se halló distraida cuando estaba á la mitad de una carta para su vecino sobre el negocio poco grato del préstamo que queria pedirle. ¿Has de ser siempre el mismo? ¿Sueñas?

—Y un sueño excelente, me alabo de ello, milady, respondió el mayordomo en tono de triunfo, un sueño mejor que el de Faraon, porque, como el suyo, me ha hecho ver vacas gordas.

—Explicáte mas claro, dijo lady Peveril, ó enviame uno que hable con juicio.

—Por mi vida, milady, repuso el mayordomo, lo que tengo que decir á vm. se explica por sí mismo. ¿No las oye vm. mugir? ¿No los oye vm. balar? ¡el mejor par de vacas gordas! ¡los diez mejores carneros! El castillo tiene por ahora vituallas, podemos esperar con sosiego á los que deben venir á sitiarse, y Gatheril no se privará de su yunta para la labor de los malditos barbechos. La señora, trasportada de júbilo, sin hacer mas preguntas á su

mayordomo, se levantó y se puso á una ventana por donde vió efectivamente las reses que habian causado el arrebato de Whitaker.

—¿De dónde viene este ganado? le preguntó ella algo sorprendida.

—Responda el que pueda, milady, replicó el mayordomo. El tunante que le ha traído aquí era un ganapan, y dice proviene de un amigo, para ayudar á vuestra señoría en la solemnidad de la fiesta; no ha querido detenerse un instante para echar un trago. Siento mucho que no lo haya querido: suplico á vuestra señoría me perdone. Hubiera debido detenerle por una oreja y obligarle á beber, pero para decir verdad no es culpa mia.

—Yo lo juraria, Whitaker.

—Tendria vm. razon, milady, y aseguro, por el santo nombre de Dios, que, por honor del castillo he bebido á su salud una azumbre de cerveza doble, aunque habia ya echado mi trago por la mañana. Es la pura verdad, milady; sí, ¡por Dios! es la verdad.

—Creo que no has tenido necesidad para eso de hacer un esfuerzo muy grande, Whita-

ker, pero si en iguales ocasiones mostraras tu alegría, bebiendo y jurando un poco menos, ¿no seria mucho mejor? ¿Qué te parece?

— Perdone vm., milady, respondió Whitaker en tono respetuoso, creo que sé ponerme en mi lugar. No soy mas que un pobre criado de vuestra señoria, y sé que no me conviene beber y jurar como vuestra señoria..... quiero decir como su merced sir Geoffrey; pero, si no se me viera beber y jurar segun mi condicion, ¿cómo se conoceria entonces al mayordomo de Peveril del Pico? y aun podria yo decir tambien al cantinero, pues que yo mismo he tenido las llaves de la cueva desde el dia en que mataron al viejo Spiggots de un arcabuzazo en la torre noroeste, cuando tenia un cántaro en la mano. Vuelvo á preguntar á vm., milady, ¿en qué se distinguiria un Caballero antiguo como yo, de esos pícaros Cabezas Morondas, que no saben mas que ayunar y orar, si no bebiese y jurase con arreglo á mi estado?

Calló lady Peveril, porque sabia muy bien serian inútiles sus reprensiones. Un poco despues, dió orden á su mayordomo de que man-

dase convidar al banquete las personas contenidas en la lista que le dió.

Whitaker, en lugar de tomarla con la deferencia de un mayordomo moderno, se acercó al umbral de la ventana, se puso los anteojos, y comenzó á leer. Habiendo visto los primeros nombres que eran de algunas familias distinguidas de la vecindad, pronunció por lo bajo ciertas palabras de aprobacion. Paróse y refunfuñó, al leer el de Bridgenorth; sin embargo añadió al momento; — pero, sobre todo es un buen vecino; puede pasar por esta vez, pero cuando hubo leído el nombre y apellido de Nehemiah Solsgrace, pastor presbiteriano, se le apuró enteramente la paciencia y exclamó, que querria mas arrojarse al rio, que enviar una esuela de convite á un viejo puritano, que habia usurpado la silla de un ministro ortodoxo, y verle atravesar las puertas del castillo de Martindale. — Esos condenados hipócritas, añadió él jurando con toda su alma, han tenido ya bastante tiempo el sol hácia ellos: ahora nos toca á nosotros, y les ajustaremos nuestras antiguas

cuentas, tan seguro como me llamo yo Ricardo Whitaker.

— Tú te fias en tus dilatados servicios, y en la ausencia de tu amo, Whitaker, dijo lady Peveril, pues de lo contrario no tendrías atrevimiento para hablar de este modo en mi presencia.

— La agitacion poco acostumbrada de la voz de lady Peveril hizo impresion en el mayordomo refractario, á pesar de la poca claridad que habia en sus ideas; apenas vió los ojos brillantes y las mejillas encendidas de su ama, cuando su obstinacion cedió de repente.

— ¡Mala peste me mate! exclamó él, creo que yo hice enfadar á milady por un momento, y esto no me gusta de modo alguno. Perdon, Milady, perdon. No es el pobre Whitaker el que debe discutir sus órdenes, y yo no lo hubiera intentado si no fuera por el jarro de cerveza. Hemos puesto en ella doble madre como no lo ignora vuestra señoría desde la feliz restauracion. Detesto ciertamente un fanático tanto como la pata torcida y con garrones de Satanás, pero vuestra señoría tiene derecho

de convidar al castillo de Martindale, al mismo Diablo en persona con sus patas tuertas, cola y cuernos, y el de enviarme á la puerta del infierno con una esquila de convite. Se hará su voluntad.

Enviáronse pues las invitaciones en buena y debida forma, y se dió orden para que se asase uno de los dos bueyes todo entero en la plaza del mercado de un pueblecito llamado Martindale Moultrassie, situado al este y á distancia igual del castillo como tambien de la casa de donde tomaba su nombre, suponiendo que una línea tirada desde el castillo de Martindale al de Moultrassie-Hall fuese la base de un triángulo, el pueblo caeria en el ángulo saliente. Como este pueblo, desde la adquisicion hecha por el viejo Presbiteriano sobre una parte de la propiedad de Sir Geoffrey Peveril, les pertenecia casi por partes iguales, lady Peveril no juzgó debia contestarle el derecho que pensaba tener el mayor para dar algunos toneles de cerveza y contribuir por ello á la fiesta. Sin embargo, no podia menos de sospechar que Bridgenorth fuese el amigo desconocido

que la sacó del apuro por falta de provisiones, y se contemplaba como feliz cuando en una visita que la hizo él la víspera de la fiesta, se le presentó la ocasion de darle las gracias, que pensaba serle debidas por su parte.

#### CAPITULO IV.

No : por esa salud brindar no intento ;  
 Mas, no beber tampoco es mi designio.  
 ¿ Pruebas quereis ? Pues, venga, venga el vaso,  
 Ras con ras , si gustais, que yo no digo  
 Basta , jamas, ni soy de los que piensan  
 Que no ha menester ramo el que es buen vino.

*Comedia antigua;*

Habia cierta gravedad en el modo con que respondió el mayor Bridgenorth á las expresiones de agradecimiento manifestadas por lady Peveril con motivo de la llegada tan oportuna de las reses al castillo. Al principio se hizo el desentendido, y luego que se explicó